

¿CÓMO CAMBIAR LA SOCIEDAD?*

Edgar Morin

Publicamos aquí la traducción de un reportaje realizado por el periódico Le Figaro a Edgar Morin, cuyas temáticas exceden las fronteras de Francia. A partir del hecho de que vivimos una era planetaria, Morin plantea la imperiosa necesidad de configurar una Política de Civilización para resolver los males globales que ponen en peligro el futuro del desarrollo humano.

LE FIGARO: En su último libro, usted evoca una sociedad donde todo, o casi todo, debe ser re-pensado. ¿Cómo analiza usted el problema del empleo en nuestra sociedad?¹

Edgar MORIN : No podríamos fundar nuestro «*contra*» —el desempleo y la exclusión— en un «*por*»: por una política de civilización. El socialismo estaba animado por una política de civilización: apuntaba a civilizar las sociedades, extirpando de ellas las relaciones de explotación. Pero el comunismo ha realizado lo contrario de sus objetivos iniciales y, la social-democracia ha reducido su ambición en el *welfare state*, en lo sucesivo insuficiente en todo lugar donde se realizó.

Usted hace referencia a una sociedad surgida de las revoluciones industriales.

Desde la formulación de los objetivos del socialismo, se opera una revolución en los términos del problema de civilización. La ciencia, la técnica, el desarrollo económico, que parecen ser los motores de un progreso asegurado, han revelado sus ambivalencias. La misma noción de progreso se ha vuelto incierta. Los desarrollos de nuestra historia han revelado males de la civilización.

¿En qué males piensa usted?

En los problemas que hacen aparecer el revés de la individualización, el revés de la tecnificación, el revés de la monetarización, el revés del desarrollo, el revés del bienestar.

Los fenómenos que usted describe tienen, sin embargo, su lado positivo.

Por supuesto, pero la individualización, por ejemplo, cuyas virtudes en nada queremos subestimar, tiene también por revés la degradación de las antiguas solidaridades y la atomización de las personas. También se acrecientan y se agravan las soledades en todas las clases de sociedad, más atroces allí donde hay pobreza.

La invasión del mundo por parte de la técnica, ¿tiene también su revés?

Sí, es la invasión de sectores cada vez más amplios de la vida cotidiana por la lógica de la máquina arti-

ficial, que introduce en ella su organización mecánica, especializada, cronometrada y que sustituye por la relación anónima las comunicaciones persona a persona. La lógica de la máquina artificial, que ya ha suprimido a los conserjes, agentes de barrio, a los encargados de las estaciones de trenes, subtes, en los peajes de autopistas, estacionamientos, tiende a hacer de la vida social una gigantesca máquina automática.

Usted evocaba recién los defectos de la monetarización y del desarrollo.

Sí, porque la monetarización constituye también la necesidad de crecientes sumas de dinero solamente para sobrevivir y la reducción por parte del servicio gratuito, del don, es decir, de la amistad y de la fraternidad.

En cuanto al desarrollo, se insiste en el crecimiento al precio de degradaciones en la calidad de vida y el sacrificio de todo lo que no obedece a la lógica de la competencia. Más profundamente, el desarrollo ha suscitado y favorecido la formación de enormes maquinarias tecno-burocráticas que, por un lado, dominan y aplastan todos los problemas individuales, singulares, concretos y, por otro lado, producen la irresponsabilidad. El tema de la sangre contaminada es un caso ejemplar donde se concentran las carencias y los defectos de una organización tecno-burocrática-científica donde la sangre se convierte en una mercadería sometida a la rentabilidad económica. Es por este motivo que un malestar se desarrolla a la par del bienestar. René Lenoir evoca así «*el hundimiento del comportamiento de un gran número de personas por el consumo desenfadado de psicotrópicos y antidepresivos (multiplicado por 6 en 25 años) y en el aumento de la atención psiquiátrica (800.000 personas)*».

¿Cómo explica usted que Francia se haya convertido en uno de los países con el mayor número de consumidores de antidepresivos?

Muchos de los males que se consideran como puramente privados y contra los cuales cada uno lucha de manera privada son indicadores del malestar de una civilización.

¿Como el malestar de la juventud?

Las tragedias de la adolescencia suburbana constituyen la expresión local y periférica de un mal general más difundido. La heroína que consume el adolescente castigado es una respuesta exasperada a la angustia que el adulto calma con un somnífero. La desintegración de la familia llega al extremo en los suburbios y sólo la banda o el gang restablece una solidaridad además fracasada. La adolescencia es el eslabón donde las debilidades del conjunto de la cadena social alcanzan su punto de ruptura.

¿Usted acusa a la urbanización?

Lo que se llama "mal de los suburbios" y problema de la ciudad son traducciones aplastadas, en términos topológicos, del mal y de los problemas de una civilización que se ha convertido hoy en casi totalmente urbana y suburbana. No se trata sólo de un problema urbano, hay un problema más profundo y global de la civilización.

¿Cuáles son las grandes características de este malestar de la civilización?

Se llaman atomización, anonimización, mercadización, degradación moral, malestar. Constituyen el conjunto de nuestro mal de civilización. La rentabilidad y la competitividad contribuyen, por ejemplo, no solamente a la desocupación y a la exclusión, sino también a la atomización y a la anonimización que, a su vez, conducen a la degradación moral y al malestar. La ausencia de solidaridad no viene solamente por la atomización, sino también por la acción conjugada de la compartimentación y de la parcelación de las actividades. El teléfono se ha vuelto paradójicamente el instrumento de la no-comunicación con los contestadores de los médicos, dentistas que dejan de ejercer su misión fuera de las horas de oficina y de sus fines de semana, así como con las administraciones y las empresas, donde el que llama sufre las esperas prolongadas, los cortes intempestivos y el mal humor de los telefonistas.

¿Piensa usted que la vuelta del crecimiento y, por consiguiente, del empleo, permitirá resolver esta crisis?

Cuando la brújula política está en el crecimiento, allí hay ceguera respecto del estado mental, moral así como del malestar en una civilización del crecimiento, surge una contradicción mayor: el crecimiento se vuelve indispensable para nuestras economías, pero es a largo plazo insostenible para nuestras existencias individuales como para la de la humanidad misma.

El cuadro que usted pinta es extremadamente negro. ¿No ve usted, verdaderamente, ningún punto positivo?

Sí. Una primera contratendencia se manifiesta en las resistencias privadas a la atomización y a la anonimización. Así, los individuos resisten mediante la multiplicación de amores, la búsqueda de placeres, la conversación entre amigos, las bandas de compañeros, lo que Maffesoli ha dado en llamar el nuevo tribalismo. Ellos resisten la urbanización y la

suburbanización generalizada por medio de comportamientos neorurales durante fines de semana y vacaciones, el retorno a la alimentación rústica, las residencias secundarias, las plantas de departamento y los animales domésticos. Resisten al malestar recurriendo a los medicamentos, tranquilizantes, gurúes, yoguis y su resistencia se vuelve desesperada en la droga y el alcoholismo.

Pero estas resistencias son frágiles: los amores fracasan, las bandas se dispersan, los placeres se agotan, la sexualidad libre debe enfrentar el sida, los neonaturalismos, neoanarquismos, neoruralismos no aportan más que remisiones. Pero una nueva resistencia ha nacido, después de la toma de conciencia ecológica, de la crisis del empleo, del deterioro del campo.

Espontáneamente, microtejidos sociológicos se forman en su lucha contra el desempleo, la desertificación de los pueblos, la anonimización de la vida. Obrar por la calidad de vida y la regeneración de nuestra civilización. También la sociedad civil resiste. Pero sus iniciativas son dispersas, locales. Es necesario no sistematizarlas sino unir las en sistema para que ellas constituyan un todo.

¿Piensa usted que el Estado debe estar en el corazón de la reforma de la sociedad, de la nueva política de civilización que usted predica?

La solidaridad anónima del Estado benefactor es insuficiente. Hay una necesidad de solidaridad concreta y vívida, de persona a persona, de grupo a persona, de persona a grupo. Hay en todos y cada uno un potencial de solidaridad que se revela en circunstancias excepcionales, y hay en una minoría una pulsión altruista permanente. No se trata entonces de promulgar la solidaridad, sino de liberar la fuerza desempleada de buenas voluntades y de favorecer las acciones de solidaridad.

¿Qué tipo de acciones plantea?

Ya he sugerido experimentar con «casas de solidaridad» que podrían extenderse a pueblos y barrios. Serían una especie de «crisis center», centro de acogida para las necesidades morales urgentes, con un cuerpo de voluntarios y profesionales en permanente disponibilidad para todas las necesidades que no sean las del Samu o las de seguridad policial. Con esta lógica, se podría disponer de agentes «solidarios» en cada administración, en todos los lugares estratégicos. Al mismo tiempo, se podría promover una «economía solidaria» que prolongaría bajo nuevas formas la economía mutualista: iniciativas que se funden en solidaridades locales o, a la inversa, que susciten estas solidaridades; formación de cooperativas y asociaciones sin fines de lucro para asegurar servicios sociales de proximidad. Se podría también apuntar a prolongar lo que han comenzado espontáneamente los soldados franceses de la Forpronu en Sarajevo, transformando progresivamente una parte del servicio militar en servicio de asistencia solidaria a los males exteriores.

Un nuevo proyecto de sociedad, ¿no pasa por una moralización de la vida pública?

Solidaridad y responsabilidad son los componentes indispensables de una conducta moral. Al mismo tiempo, como toda ética tiene necesidad de una fe, la fe es conjuntamente madre e hija de la fraternidad y de la comunidad, las cuales nutren la ética de la responsabilidad. Francia dispone de una herencia de universalismo que puede nutrir una fe europea y más ampliamente una fe de pertenencia a la comunidad de destino humano. Estas «fes» son las que pueden ser regeneradas. Son «fes» que nutren morales de apertura y tolerancia. Si no, la necesidad de fe, ahora saturada por las enormes decepciones en un mundo mejor que renacen aquí y allá en sectas, irá hacia los fanatismos, integristas, chauvinismos, racismos.

¿No piensa usted que la ausencia de reparos es también una de las causas de esta crisis moral?

La homogenización, la standarización, la anonimización tienden a destruir las diversidades culturales y a hacer perder las raíces. Hay una angustia difusa, pero real por la pérdida del suelo. Es necesario reencontrar la tierra, y la palabra aquí es muy rica, pues significa no solamente la tierra de Francia hoy amenazada por múltiples degradaciones, sino también el planeta Tierra, del cual somos hijos y que debemos salvaguardar en su diversidad viviente y humana. El recurso que sugiero combina el resurgimiento francés, el resurgimiento europeo y el resurgimiento terreno.

Casi se le diría nacionalista

El resurgimiento francés no es sinónimo de repliegue nacionalista y rechazo de Europa. Ciertamente, todo lo que quiere preservar una individualidad, una singularidad y una identidad implica un dispositivo de protección inmunológica. Pero es necesario oponer la patología inmunológica que rechaza todo, incluso las vitaminas y los jugos nutritivos que vienen del exterior, y que es el nacionalismo cerrado, a la virtud inmunológica que combina apertura y cierre y que es el patriotismo.

¿Qué diferencia hay para usted entre nacionalismo y patriotismo?

Hay dos maneras de encontrar la fe de la nación en sí misma. La manera de derecha está en el retraimiento y el nacionalismo. La manera de la izquierda está en el patriotismo y la apertura. El resurgimiento de la izquierda en Francia puede y debe ser patriótico, republicano y europeo. En el origen de Francia, se da el proceso multiseccular del “afrancesamiento” de las etnias heterogéneas que se volvieron provincias, hasta que éstas reconozcan el 14 de julio de 1790 como componentes voluntarios de la «gran nación». El proceso de “afrancesamiento” continuó a partir de fin de siglo último por la integración de olas sucesivas de inmigrantes. La continuación de la integración de extranjeros es uno de los aspectos de la fidelidad de Francia consigo misma.

Algunos oponen la Europa de las patrias a la Europa supranacional.

El patriotismo francés y el europeísmo no deben oponerse,

sino más bien vincularse. La Europa metanacional debe ser al mismo tiempo la Europa de las patrias, lo mismo que las patrias meta-provincias deben salvaguardar la identidad de sus regiones.

¿No hay un poco de utopía en su proyecto?

Convivializar, solidarizar, resurgir, estos tres imperativos pueden encontrar una expresión en lo sucesivo territorial y económico. El éxodo urbano comienza a sustituir al éxodo rural. Las jóvenes generaciones ecologizadas y los desempleados comienzan a abrir pequeñas explotaciones biológicas, a retomar comercios abandonados, a instalar talleres artesanales. Correlativamente, las demandas de calidad de vida y de convivialidad crean una demanda de los productos dietéticos, gastronómicos, artesanales.

¿Qué tipo de medidas concretas se puede tomar para cambiar la sociedad?

Se pueden fomentar mediante ayudas y protecciones los éxodos neorurales y formular una política de recolonización de los pueblos y pueblecitos, incluyendo aquí los pueblos muertos, lo cual se facilita por el hecho de que se cuenta con 300.000 viviendas vacantes en los pueblos.

Usted hablaba recién del campo. ¿En qué empleos rurales pensaba usted?

Pienso, por ejemplo, en la regeneración de las pequeñas y medianas propiedades y de las cooperativas mediante el desarrollo de productos de calidad denominados *biológicos* donde se eliminan los abonos y pesticidas químicos, así como la industrialización de la ganadería; utilización de ingeniería genética para dar vegetales resistentes a las condiciones climáticas o geológicas desfavorables. Pero existe también el desarrollo de una agricultura cerealera especialmente consagrada a las necesidades de las poblaciones exteriores sometidas al hambre, que implicaría, obviamente, la creación de un fondo europeo especial. Tampoco debemos olvidar la reinstalación de panaderos, almaceneros y artesanos en los pueblos, el desarrollo de huertas en provecho de los jubilados o teletrabajadores que se instalen en el campo o los oficios de protección del medioambiente y del mantenimiento de los espacios naturales.

¿Y en la ciudad?

Existe una necesidad cada vez mayor de oficios de asistencia en el universo atomizado y tecno-burocratizado. Piense en los trabajos de asistencia a la pequeña infancia, de asistencia a las madres, a los enfermos, a los solitarios, con transporte de comida a domicilio, particularmente para los enfermos, discapacitados, o en los oficios de asistencia a domicilio, servicio mecánico (con arreglos a domicilio), asistencia voluntaria (problemas financieros), asistencia jurídica, incluido el derecho al trabajo.

¿Qué propone usted para las personas mayores que serán cada vez más numerosas?

Debería haber una política de conjunto de oficios de solidaridad frente al alargamiento de la vida y al au-

mento de las personas muy ancianas. Los geriátricos *son mouroirs*, algunos de lujo, la mayoría sórdidos. Están todos ocupados, los enfermeros y empleados están sobrecargados. Los ancianos se convierten en *objetos*. Serían necesarias unas trescientas mil personas para ocuparse de los ancianos.

¿Tiene usted otras ideas para la creación de empleos?

Sí, gracias a una política de ayuda a las instalaciones de café/concerts, karaokés de barrio, baños turcos, saunas, gracias a un ampliamiento de las casas de la cultura en espacios forums para los debates sobre los problemas locales y generales, sin olvidar la instalación en sus cafeterías de centros enológicos-gastronómicos. Esto no es todo. Se podrían crear puestos de consejeros asistentes para los problemas administrativos y otros de la vida cotidiana, así como oficios de humanización de los transportes en común y particularmente de la SNCF donde la racionalización ha alcanzado el colmo de la sinrazón con su director bautizado Sócrates.

¿Usted propone una suerte de New Deal?

Una política de civilización sería una respuesta directa a la desocupación. Jacques Robin evalúa en dos millones los empleos mediante la economía solidaria. Cualquiera sea la evaluación, la política de civilización podría resolver una fuerte proporción del desempleo.

Tal política tiene también su costo y el Estado ya está fuertemente endeudado.

La política de civilización suscitaría ciertos gastos pero también grandes economías. Estas economías permanecen invisibles tanto que se continúa contabilizando separadamente capítulos presupuestarios. Así, los gastos de salud no podrían sino decrecer con la economía de los medicamentos y de los cuidados que resultarían de un retorno a la calidad de vida. Los enormes costos de carburantes, accidentes, poluciones serían bastante disminuidos.

¿Bajo qué forma imagina usted este New Deal?

En estas condiciones se puede apuntar a un fondo, no ya de modernización, sino de civilización que permitiría promover y ayudar a todo lo que regenere la proximidad, la convivialidad, la solidaridad. Al mismo tiempo, debería haber un plan de grandes obras en vistas de la pletorización de las ciudades centrales, de tranvías y ómnibus electrónicos.

Todo esto implica una nueva forma de pensar.

Una política de civilización debería implicar una reforma del pensamiento, es decir, una reforma de la enseñanza que estaría destinada a aprender, a contextualizar y a globalizar informaciones y conocimientos. La reforma del modo de pensar permitiría evitar bastante el despilfarro y muchos otros errores. Favorecería también el renacimiento de la responsabilidad, que está siempre degradada por la compartimentación y la especialización.

¿Sus propuestas no son incompatibles con el desarrollo económico?

¿Qué terrible precio humano, cultural, de la civilización, nos costará no solamente a nosotros, sino a la mayor parte de los países del mundo, el crecimiento del crecimiento si no elaboramos lo más pronto posible una política de civilización? La política de civilización no es incompatible, sino complementaria del desarrollo tecno-económico de las empresas en competición en el mercado internacional. El desarrollo de su competitividad reducirá la parte del trabajo humano en provecho de una automatización informatizada. Necesitará también como contragolpe un desarrollo de servicios con rostro humano. Además, una parte de los beneficios de la economía competitiva podría ser consagrado al desarrollo de la economía con rostro humano que quiere promover la política de civilización.

Habla más de Francia que del resto del mundo.

Hemos formulado aquí una política de civilización en el marco hexagonal. Pero el mensaje es europeo y vale para el mundo. La excepción francesa debe ser mantenida justamente para proponer un ejemplo francés. El ejemplo puede venir de Francia, puesto que es el país europeo que, rico en tradiciones del bien vivir, sufre más particularmente que otros. El fin de la política de civilización es la calidad de la vida, cuya manifestación es el bien vivir y no el bienestar que, reducido a sus condiciones materiales, produce el malestar. Se trata de una tarea a largo plazo, de amplitud histórica. Debe desarrollarse sobre el decenio y proseguirse más allá de él. Permite resucitar una esperanza concreta y apela a la vez a la reconquista del presente, la regeneración del pasado, la reconstrucción del futuro. No se trata evidentemente de reducir la política a una política de civilización. Se trata de integrar la política de civilización a la política. □

*Conversación recogida por Jean-Paul Mulet. Traducción de Paula María Schaer.

¹ Se refiere al libro muy poco conocido en Hispanoamérica que lleva por título «Une politique de civilisation», editorial Arléa, París, 1997.